

2) ***Una vida, UNA NOVELA***

No le gustan
las yanquis

CASADO
CON TRES
LATINAS

Aburre a
sus esposas

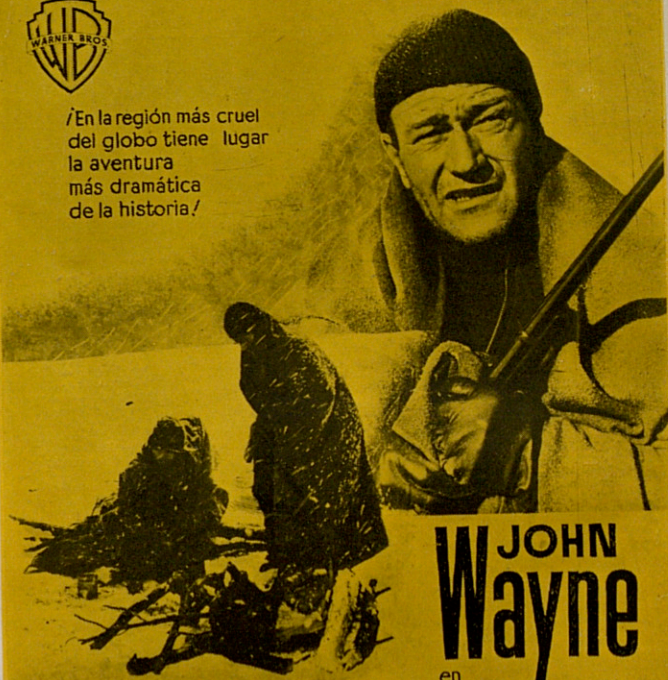
PERO ES UN
BUEN PADRE

JOHN WAYNE

2
PTAS.



¡En la región más cruel
del globo tiene lugar
la aventura
más dramática
de la historia!



JOHN
Wayne
en

EL INFIERNO BLANCO

"ISLAND IN THE SKY"

LLOYD NOLAN • WALTER ABEL • JAMES ARNESS • Director: William A. Wellman

JOHN WAYNE

UNA VIDA, UNA NOVELA

JOHN WAYNE

- ◆ El actor más «taquillero de América» fué en su juventud tímido con las mujeres.
- ◆ Ahora sus ex-esposas le cuestan varios miles de dólares cada mes.
- ◆ La triunfal carrera de un hombre que ha sabido ganarse las simpatías de Hollywood.

Volumen n.º 2
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

*Derechos reservados
Copyrigh by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

ERA una brillante mañana de mayo de 1903, en Iowa, Winterset, cuando nació un pequeño al que por una disparatada idea de su padre se bautizó con nombre de mujer: Marion Morrison, que más tarde se llamaría «Duque» y después «John Wayne».

Su padre, Clyde Morrison, era farmacéutico, y cuando apenas tenía Marion cinco años, se debilitó su salud y a instancias médicas vendió la farmacia, no sin antes proveerse de un buen número de píldoras, y se fué con su familia a vivir a Lancaster, en California, un pueblo situado en el desierto árido y calmoso de Mejave.

En Lancaster empezó para Marion una vida nueva, la vida que tan feliz hace a los chiquillos: aire libre, sol, caballos y tierra seca.

Un año en Lancaster haciendo vida de ranchero y de nuevo Clyde Morrison vendió el rancho y se trasladó a Glendale. Allí compró una flamante farmacia en los suburbios de Los Angeles, y Marion creció fuerte y sano en aquel ambiente poco recomendable que le rodeaba. El niño era poco comunicativo y parecía tímido. Sus padres veían con temor el lugar en que empezaba a conocer el mundo y

decidieron enviarlo a la Escuela Superior en cuanto tuviese edad para ello.

En la Escuela Superior, el pequeño Marion mezcló, en aficiones, los estudios con el arte dramático y con el deporte; en rugby y fútbol era el héroe de su Escuela, y se destacó también por sus grandes facultades oratorias.

* * *

La primera vez que apareció ante el público fué en la Escuela, para representar el papel principal de un drama: un duque con gran prestancia que Marion interpretó con propiedad. De esta manera adquirió el apodo de «Duque» por el que le conocen sus amigos. Apenas era un adolescente y su éxito fué extraordinario; contaba con un público de platea que aplaudía entusiasmado todas sus intervenciones; un increíble número de jovencitas habían acudido en masa y suspiraban y aplaudían con tal vigor que hicieron enrojecer al muchacho. Fué entonces que sus amigos advirtieron una extraña timidez de «Duque» ante las mujeres.

Al día siguiente de su interpretación le llamó un profesor de la Escuela.

—Morrison, quiero proponerte algo.

—Usted dirá, señor Brewster...

—Ayer te vi actuar y me pareció interesante tu interpretación del Duque. ¿Te gustaría dedicarte al teatro?

—Nunca he pensado en este asunto, señor; pero

el caso es que no estaba a disgusto entre los focos, aunque sentí el peso del público sobre mi cabeza. El señor Brewster sonrió divertido.

—Bueno, muchacho, podemos intentarlo, ¿te parece?

—¿Cómo, señor Brewster?

—Te daré lecciones y volverás a ponerte frente al público, a ver si es verdad que te pesa tanto. Hay que superar tu timidez.

—De acuerdo, señor Brewster.

Marion hizo una pausa y continuó en plan confidencial:

—¿Sabe una cosa? Creo que todo sería más sencillo sin público. Me sentiría más libre.

—Estás hablando del cine, Morrison. No debes de preocuparte tanto del público; además, tú le tienes incondicional. Anoche estaba la platea llena de chiquillas entusiasmadas.

—Por favor, no hablemos de eso. Si todavía fuese un público sin mujeres... —suspiró el muchacho.

—¿Las temes, Marion? —sonrió con franqueza el profesor.

—Un poquito, señor. Además, no me interesan. Prefiero jugar a rugby.

Pasaba silbando alegremente Tomy, un amigo de Morrison, y oyó su última frase.

—¿Qué dices tú a eso, Tomy? —le preguntó Brewster.

—Que «Duque» es un chico con suerte y no lo sabe. Vuelve locas a las colegialas —explicó el amigo, guiñando un ojo al profesor.

—Bueno, bueno. Adiós, muchachos. Y ya lo sabes, «Duque», mañana empezamos la primera clase.

Las lecciones de Harol Brewster no le enseñaron mucho, pero por medio de ellas actuó en varias representaciones estudiantiles. Se adivinaba fácilmente cuándo actuaba «Duque, por el público femenino que llenaba la sala. Marion continuaba ignorándolas a pesar de los esfuerzos de ellas. Únicamente pareció que salía de su indiferencia cierto día en que había llegado a la Escuela una nueva colegiala: era una jovencita provocativa y de labios pintados. Sabía mirar con picardía y fué la sensación del colegio.

—¡Vaya! Eso es una mujer —dijo un amigo de «Duque».

«Duque» miró detenidamente a la aprendiz de vampiresa, que vestía de forma distinta a todas sus compañeras de clase, a las que siempre veía con una clásica falda tableada y un jersey holgado. Fué la primera vez que vio a una muchacha de su edad con aspecto de mujer y le gustó.

—Vale más que no os hagáis ilusiones; os cedo a todas las chicas de la Escuela a cambio de esta preciosidad. Será mi pareja en el baile de fin de curso —dijo «Duque» con seriedad.

—No vayas tan aprisa, «Duque», no te va a ser tan fácil conseguirlo; tendrás que luchar por ella. Además tú no sabes bailar y apuesto algo a que esa chica baila como una peonza —dijo otro.

—Aprenderé a bailar —asintió convencido Marion Morrison.

Y así lo hizo. Sus amigos estuvieron durante unos días dándole lecciones intensivas hasta que llegó la fiesta. Todavía los pasos del futuro actor eran torpes y sin gracia. Fué decidido hacia la

sirena, pero la encontró con otro. Su rival había sabido ya conquistarla y a «Duque» no le sirvieron de nada sus esfuerzos.

* * *

El primer gran fracaso de Wayne fué en el último año que pasó en la Escuela Superior. El aspiraba a ingresar en la Escuela Naval de Annapolis y con tal motivo se presentó al concurso de ingreso. No consiguió la plaza por medio punto en la calificación y aquello le entristeció. Estaba decidido a tomar una resolución propia de un adolescente que se cree fuerte e incomprendido. Pensó en que todo estaba perdido para él. Había estudiado con afición y entusiasmo para conseguir ser marino y ahora parecía que ya nada podía hacer de provecho.

Unos días después, siguiendo su costumbre, fué a pasear por el puerto. Era de noche y allí, sentado sobre un noray, pensaba en el mar abierto que se extendía ante él. En el mar se reflejaban lucecitas verdes que al proyectarse sobre la superficie semejaban cintas de esmeralda. La luz del faro iluminaba intermitente su rostro después de pasar rápida sobre el agua. Unas barcas, con las velas recogidas, danzaban graciosamente como si hubiesen bebido el agua azul marino en que se mecían y se hubieran mareado. Se notaba su ritmo mirando la punta del palo mayor. Un ruido de sirena ensordecedor rompió la calma y consiguió

que la mirada de «Duque» se apartase del mástil y se dirigiese a su alrededor. A su izquierda estaba un barco grande y dos marineros montaban la guardia. Su pensamiento fué rápido y su movimiento audaz: se levantó y con toda precaución llegó a la escalerilla; esperó con cautela.

Más tarde el barco se hacía a la mar, camino de Honolulu, sin saber que llevaba un polizón que había soñado con ser marino y que secaba con la manga de su jersey el llanto de un sueño roto.

El viaje a Honolulu fué su primera aventura. Más tarde, ya de regreso, tuvo que trabajar, y también en el trabajo se puso en evidencia su espíritu abierto y sin prejuicios. Un verano subsistió recogiendo albaricoques en una granja. Después se hizo conductor de camión, pero su contento no duró mucho; el negocio fué a pique y debía buscar otro empleo. Era verano y una fábrica de hielo solicitaba empleados interinos que llevasen el hielo por las casas. «Duque» fué admitido, pero al llegar el invierno se encontró de nuevo en la calle. Como el hambre exigía con fuerza, Wayne entró a trabajar en teléfonos. Sin embargo, aquello no le agradaba demasiado y buscó otra solución al problema de su porvenir. Solicitó una beca para la Universidad del Sur de California. Se la concedieron sin dificultad por su expediente escolar.

En la Universidad tenía fama de ser «el hombre de muchas actividades» y pasó a ser miembro de Sigma Chi. En deportes se contaba con él como uno de los imprescindibles.

Era, por aquel entonces, costumbre conceder en el verano, a los atletas, empleos en los Estudios

de Hollywood para que se mantuvieran en condiciones para la temporada de fútbol. En cierta ocasión John Ford, el célebre director, había visto jugar a Morrison y decidió pedir para él un empleo en la antigua Fox Film Corporation. A los Estudios se encaminó «Duque» en las vacaciones.

—Tu misión aquí consistirá en mudar los escenarios y trasladarlos de un sitio a otro —le habían explicado.

Morrison cumplía su cometido sin desmayar. Una mañana, en pleno mes de agosto, con un sol de mediodía, «Duque» llevaba una silla a través del escenario de sonido y accidentalmente tropezó con el director Raul Walsh, de la Warner Bros.

—Siento mucho este incidente —dijo algo azorado.

—Bueno, no tiene importancia, muchacho; no ha pasado nada. ¿Quién es usted?

—Me llamo Marion Morrison y estoy como deportista de la Universidad del Sur de California.

Walsh lo miró con detención y recordó que John le había escrito unas líneas: «Fíjese en este muchacho Morrison, jugador de rugby. ¿No es todo un tipo?

—¡Ah! —exclamó Walsh—. Creo que he oído hablar de ti.

Morrison se fué en seguida y Walsh pensó, según le veía marchar, que Ford tenía razón: alto, buen mozo, ojos azules, cabellos castaños y gracia y estilo al andar. Reunía condiciones típicas para actor, se vería bien en el cine. Le llamó con fuerza:

—¡Eh! ¡Morrison! Venga conmigo. Deje esa silla y acompáñeme a mi despacho.

«Duque» acudió con prontitud. Entraron en el despacho de Walsh.

—He pensado que podría darle un papel en una película. Creo que reúne usted condiciones para ello. ¿Le interesa? —preguntó el director rápidamente.

El muchacho apenas se detuvo a pensar.

—Sí, señor Walsh; estoy dispuesto. ¿De qué se trata?

—Estoy buscando un actor desconocido para representar el papel de héroe precursor en «El Camino Grande». Te doy dos días de plazo para prepararte para las pruebas.

«Duque» no sabía qué hacer; recordaba las lecciones del profesor Brewster como algo fuera de él. Necesitaba a otro profesor que le orientase, y aquellos dos días fueron para él un intenso ensayo y aprendizaje. Después se presentó de nuevo a Walsh.

—Muchacho, no sé quién te ha enseñado estos gestos y este énfasis absurdo, pero te doy mi palabra de director que te los haré olvidar. Esos mannerismos ficticios no te van. Tu naturalidad es tu mejor maestro.

* * *

Mientras rodaban «El Camino Grande», «Duque» tuvo ocasión de conocer al famoso productor-director John Ford, con el que pronto existió una corriente de amistad.

En «El Camino Grande» desempeñaba el papel principal de cowboy, y antes de salir a la propaganda la película, se discutió el nombre con que se lanzaría al nuevo actor.

—Será mejor que adquirieras un seudónimo; si sales al público como Marion Morrison parecerías una chica. ¿Te parece John Wayne?

—De acuerdo, Walsh —asintió «Duque» alegremente.

Brindaron por el nuevo nombre; John Ford estaba con ellos y secundó el brindis.

—Porque «El Camino Grande» sea un éxito —dijo Walsh.

—¡Por John Wayne! Para que llegue a ser un nombre entre los primeros —brindó Ford.

—¡Por nuestra amistad! —fué la expresión de Wayne.

Pero el brindis había quedado en el aire y «El Camino Grande» no tuvo mucho éxito.

Walsh se eclipsó por un tiempo. John seguía en Hollywood interpretando películas insignificantes en las que siempre representaba a un cabalista del Oeste. Pronto se convirtió en primer «vaquero» trovador en la serie conocida como «El trovador Sam». Estas películas sirvieron a John Wayne de experiencia; ni se pagaban bien ni se verían favorecidas por el público, pero era su aprendizaje en el cine y en ellas se convertía «Duque», peldaño a peldaño, en el actor que ha sido posteriormente.

Por el año 1933 cuando Wayne interpretaba al «Trovador Sam», conoció a una dominicana, Josefina Alicia Sáenz. Fué en casa del doctor José

Sáenz, padre de Josefina y Cónsul de la República Dominicana en Los Angeles en aquella época. Se dirigió a ella con una decisión nada habitual en él.

—Celebro conocerle —había dicho Josefina sonriente—. Es usted un vaquero cinematográfico excelente.

—Y usted la mujer más bonita que he conocido.

Y ciertamente lo era: 22 años, morena, de grandes ojos claros; alegre y llena de vitalidad.

—John, ¿cómo se las arregla para conseguir esos records a caballo?

—¿Quiere que se lo enseñe mañana? Venga a los Estudios y conocerá el secreto.

—Temo ser mal vista por sus compatriotas femeninas.

—No se preocupe. Para mí América es un solo continente y considero a las latinas maravillosas.

—¿Tanto como las de los Estados Unidos? —preguntó ingenua Josefina.

—Al emplear el término «maravillosas» quiero referirme a las mejores.

—¿Considera que existen diferencias entre nosotras, las de la América latina y las norteamericanas?

—Pues... así lo creo, Josefina. En ustedes se manifiesta una mayor personalidad, más matiz, más vitalidad también.

Josefina reía alegremente mientras llevaba a sus labios una copa clara de champaña burbujeante.

—Es divertido escucharle, John. No imaginaba esa debilidad suya por las latinas.

John se acercó más a la mujer; ella dejó la copa sobre una mesita. Se miraron los dos por un

momento y vio bailar en los ojos claros de Josefina una mezcla de emoción y alegría.

—¿Lamenta esta falta de interés mío por las norteamericanas? —preguntó él con intención.

A la dominicana le gustaba aquel hombre hacia el que tenía que levantar la cabeza al hablarle; por eso no dudó y contestó con coquetería:

—No, no; de ningún modo, John; lo celebro.

Los dos rieron divertidos y la risa de ella cautivó por completo al actor; era una risa franca, con personalidad; no se parecía a nadie al reír; no era estudiada y daba al rostro de la mujer un encanto malicioso y angelical.

—¿Vendrás mañana a los Estudios, Josefina? —preguntó Wayne en voz baja.

e o e

Al día siguiente, cuando el actor estaba preparado para filmar, se alegró de ver aparecer a Josefina.

—He venido a saber el secreto, John —dijo ella intrascendente para evitar una situación difícil.

—Gracias por haber venido, Josefina. Ya no tendré más secretos para ti; prometido.

John quería continuar a su lado y enseñarle todo aquel mundo que ella desconocía; sin embargo, le llamaron con insistencia y tuvo que abandonar allí a la joven, que todo lo quería ver con sus grandes ojos admirados. El volvió pronto a

buscarla, la cogió del brazo y le enseñó su pequeño mundo de mentiras fantásticas.

—Tú desconoces este ambiente, Josefina; aquí la noche se convierte por arte de magia en un día de sol, y una casita de madera de cuarenta centímetros en un magnífico palacio. Todo debe de quedar perfecto y se estropean muchos metros de película hasta conseguirlo.

Josefina apenas si prestaba atención a lo que veía; sólo sabía mirar al hombre que la llevaba del brazo. Se sentía bien a su lado y sonreía feliz.

Se vieron con frecuencia y ella le iba a buscar a menudo a los Estudios. Los dos desaparecían y Hollywood comentaba extrañado el éxito de la dominicana con John Wayne.

El padre de Josefina se oponía tercamente a aquellas relaciones de su hija con el actor; no comprendía en dónde radicaba el encanto de aquel mocetón tosco y simpático, de personalidad sencilla y directa que parecía un niño grande. Josefina insistió y por último el señor Sáenz tuvo que rendirse ante la evidencia. La pareja pretendía casarse y el cónsul accedió a su pesar.

John Wayne, entusiasmado, fué a comunicar la noticia a Loretta Young, amiga suya desde sus primeros pasos en el cine.

—Loretta, el padre de Josefina ha consentido en nuestro matrimonio.

—Lo celebro, John. Podéis ser muy felices. ¿Cuándo es la boda?

—Nosotros deseamos que sea en seguida. ¿Quieres ser tú la madrina, Loretta?

—Encantada, John.

La ceremonia se celebró pocos días después en la espléndida mansión de la madre de Loretta Young. Josefina contaba 22 años y John Wayne 26. Creían sinceramente que les esperaba la felicidad para toda la vida.

* * *

El hogar que John había instalado para Josefina era realmente maravilloso, y ella, por su carácter alegre y animado, supo adaptarse fácilmente a su nueva vida en Hollywood. El matrimonio vivía en completa armonía. Nacieron de él cuatro hijos: Miguel, Toni, Patricio y la pequeña Melinda. John vivía feliz y reservaba para los niños lo mejor de él mismo. Reconocía el esfuerzo de su esposa, que por su amor había cambiado su vida de exquisito refinamiento burgués por la de él, sencilla y sin complicaciones.

Wayne continuaba filmando películas y su carrera se definía con el tiempo. En 1938, la Compañía Republic lo contrató para el papel principal en otra serie de películas del Oeste llamada «Three Mesquiteers». Fué un gran éxito de público. Poco después, Walter Wanger contrató a John Ford, el viejo amigo de Wayne. Ford debía dirigir «La Diligencia» y se acordó en seguida de Wayne, al que dió el papel de protagonista, con Claire Trevor de pareja.

John Wayne, a las órdenes del genial director, consiguió una de sus más perfectas interpretacio-

nes. «La Diligencia», que ha pasado a la antología del cine como una de las mejores películas americanas, obtuvo, a raíz de su estreno, un gran éxito artístico y económico. Para el actor fué la varita mágica que le convirtió en «el nuevo astro del año». Su labor paciente y minuciosa de varios años cristalizaba en «La Diligencia», por obra de Ford y de su propio esfuerzo.

Sucedieron otras películas en las que Wayne consolidaba la reputación de «rey de la taquilla»: «Forja de corazones» y «Los usurpadores» con Marlene Dietrich; «Piratas del mar Caribe» con Paulette Goddard. John escalonaba gradualmente la cumbre del éxito; se convirtió en una verdadera atracción y bastaba que apareciese su nombre en una película para dominar las taquillas de la nación y del exterior. El nombre de John Wayne era un signo de ganancias seguras. De todas partes le solicitaban y su trabajo le tenía alejado a menudo de la familia que él se había creado.

Josefina, acostumbrada desde niña a una vida de sociedad, comenzó a sentirse abandonada por su esposo. En cierta ocasión, John llegó a casa cansado, y sin apenas dirigir una mirada a su mujer, que había estrenado un precioso traje de noche, fué en dirección al teléfono. Su mujer le siguió; John marcó un número y esperó.

—Red, soy «Duque»; te espero en casa para jugar una partida de ajedrez. Tienes que darme la revancha.

Josefina escuchó sus palabras y una lágrima apenas contenida brilló en su mejilla.

—John —dijo con dulzura—, ¿no vas a acom-

pañarme esta noche a casa de los Davis? Nos han invitado y...

—Lo siento, querida. Ve tú sola, ¿quieres? Yo voy a jugar una partida de ajedrez con Red —contestó John, mientras andaba en dirección a su alcoba.

Josefina seguía tras él y la desilusión se dibujaba en su rostro.

—Todavía no has tenido un cumplido amable para mi vestido. Me lo había encargado para esta fiesta con toda mi ilusión; prometiste que me acompañarías.

—Mira, Josefina, es mi tiempo libre y quiero dedicarlo a mi gusto.

—Yo significo muy poco para ti en ese caso, John. Cualquiera de tus amigos vale más; no sabes cuánto me entristecen tus palabras. Tu gusto es jugar al ajedrez con tus amigos en vez de acompañar a tu mujer. Todo tiene un límite, John, y creo que tú lo has superado con creces.

Josefina, sentada en el tocador, lloraba nerviosa ante su marido.

—Te creía capaz de entender mis aficiones y mis gustos, querida. Yo no puedo cambiar aunque te lamentos. Tenemos una manera de entender las cosas distinta. No entiendo tus ideas sobre la vida, no entiendo tus vestidos ni tus costumbres.

Aquella noche, Josefina, disgustada, no fué a la fiesta. Se acostó y lloró toda la noche, mientras John charlaba con sus amigos.

Así estaban las cosas entre el matrimonio y poco a poco las discusiones y la falta de comprensión se acentuó por ambas partes. Hasta que

en 1943, un día claro de mayo, John Wayne se separó de su joven y popular esposa. El divorcio se decretó año y medio más tarde. El juez concedió a Josefina la custodia de Miguel, Toni, Patrio y la pequeña Melinda, pero permitía a John que los visitara cuando quisiera.

La noticia sorprendió a los amigos de Wayne.

—Era natural este divorcio. Josefina sólo vivía para visiteos y fiestas de alta sociedad —decía uno.

—No le gustaban las películas de John —explicaba otro confidencial.

—Ni los amigos de John. No nos podía comprender aquella muñeca frívola.

John Wayne había escuchado en silencio y dijo:

—No olvidéis que para romper un matrimonio se necesitan dos. Yo acepto también mi parte de responsabilidad en este asunto.

—Has sido demasiado benévolo, «Duque»; ni tan siquiera has tratado de rechazar los cargos y las demandas presentadas por tu mujer en los tribunales.

—El hecho es que mi matrimonio ha fracasado; no era cuestión de benevolencia.

* * *

John Wayne, después de este fracaso, continuó unido más profundamente a su labor cinematográfica. Filmó «En el viejo Oklahoma» con Marta Scott, «Una chica se divierte» con Jean Arthur, «El y su enemiga» con Ella Raines.

El tiempo libre lo dedicaba a sus amigos, sobre los que ejercía una simpática atracción. Estaba continuamente en el centro de un círculo de leales amigos: directores, productores, directores de maquillaje, fotógrafos, conductores de vehículos y otros muchos trabajadores a los que mantiene encadenados la industria cinematográfica. Allí donde estuviera Wayne se encontraría a John Ford y al productor Robert Fellows. Con ellos trabajaba y con ellos se divertía; juntos jugaban al póker y al ajedrez, mascaban chicle, iban a cazar los fines de semana o a pescar truchas. Únicamente se alejaba de aquellos amigos que le llamaban «el hombrón del cine», para volar a Méjico, que él consideraba su segundo hogar.

En Méjico, John Wayne es feliz. Admira el tippismo latino y espontáneo de sus habitantes, mezcla de chinos, indios y españoles; le impresiona la belleza definida de las mejicanas y gusta de los cantos y bailes del país. El color, el ambiente y los mejicanos crean un clima literario en que el actor anda complacido.

En uno de sus viajes a Méjico, cuando apenas hacía un año de su divorcio con Josefina Sáenz, Wayne conoció a Esperanza Bauer, actriz mejicana de 24 años. Esperanza llevaba una bonita carrera y acababa, entonces, de filmar «El Conde de Montecristo», con Arturo de Córdoba, en la que se ganó un triunfo personal. Wayne, impresionado por la mujer más que por la estrella, inició el idilio. Vió a Esperanza, por primera vez, en una fiesta organizada por la gente del cine. Le impresionó la magnífica armonía de movimiento que Es-

peranza, gran danzarina, dibujaba al bailar. Decidido le solicitó un baile y Esperanza que conocía al «rey de la taquilla», como le llamaban los exhibidores de películas, accedió complacida. Wayne experimentaba una sensación extraña mientras giraban melancólicamente al son de la música. Esperanza semejava una gran mujer apasionada; no comprendía el misterio que encerraban aquellos ojos negros y en su fantasía creía que la mejicana llevaba consigo todo el espíritu de ese Méjico que él amaba.

—Te felicito por el éxito de «El Conde de Montecristo». Estás admirable — comentó John por decir algo.

—Admirable, ¿por qué? ¿Como actriz o como mujer?

—Casi no vi a la actriz, me tenía suspenso Esperanza Bauer, Prometo fijarme más en la interpretación la próxima vez.

—No tiene importancia. Creo que en la vida nada tiene demasiada importancia — dijo la estrella con seriedad.

—Te equivocas; hay algo importantísimo: el hecho de bailar contigo. Nunca imaginé que la música diera tantas oportunidades. Tú eres en este momento lo único importante, Esperanza; tus ojos grandes y negros; tus movimientos llenos de suavidad...

Hubiera seguido hablando, pero el fin de la música le puso en evidencia que ya había acabado. Fueron juntos hacia el jardín. El olor a tierra húmeda y ardiente era agradable a Wayne. Llegaron a un pequeño lago en el que se reflejaba

la luna, al igual que si estuvieran ante una cámara abandonada. Estaban solos; únicamente los círculos al dibujarse en el agua oscura; sobre ellos estaba el cielo limitado por altos árboles, y más arriba las estrellas con sus luces inciertas. Se miraron con lentitud; Wayne la cogió por los hombros y Esperanza se refugió dulcemente en él.

—Aquí todo parece mucho mejor, ¿no es así? — preguntó John, acariciando con sus labios la cabeza de la mujer.

Esperanza asintió con un gesto. El actor se sentía emocionado y todo lo que no fuese aquella mujer dejó de existir para él. Apartó un poco a Esperanza y fué siguiendo con la mano los rasgos de su cara. Esperanza tenía una graciosa nariz aplastada como los chinos, y a Wayne le divertió descubrirlo.

—¡Vaya! Una herencia de tus antepasados. ¿Te han dicho alguna vez que eres una chata maravillosa?

—Creo que nadie con la propiedad tuya — contestó sonriente.

John volvió a atraerla hacia sí y la besó en la punta de la nariz.

—Desde ahora serás Chata para mí.

—¡Ah! ¿Un nuevo nombre, John?

—Permíteme hacerlo. Han cambiado tantas veces el mío que no puedo resistir a la tentación de hacerlo yo ahora contigo.

—¿Sólo para ti, John? — preguntó mimosa.

Esperanza había levantado la cabeza hacia él y sus labios estaban llenos de promesas para John.

—Sólo para mí, pequeña; pero para toda la vida.

Apenas terminó la frase; todo fué sencillo: levantó la barbilla de Esperanza y la besó. Aquello parecía un sueño.

—¿Piensas todavía que nada vale la pena, Chata?

—No, John; pero sentiría despertar. ¿Es realidad tu presencia aquí, querido?

El la besó nuevamente.

—Estoy enamorado de ti como un colegial. Si es realidad o no lo ignoro; creo que sólo existes tú, este lago y los árboles que rodean al cielo; todo lo que vive conmigo es esto. Si hay algo más tendremos que descubrirlo juntos.

—Deseo que así sea, John. Yo también siento como si te hubiera querido toda la vida. Aquí, en mi Méjico soñador, yo te esperaba. Ahora estoy segura de que eres una realidad, una maravillosa realidad.

Había sido el flechazo para los dos; él, porque admiraba en las latinas su vitalidad, su belleza y su originalidad; ella, porque veía en John a un hombre de gran corazón, simpático y de una atracción irresistible. John era el segundo Morrison que aparecía en la vida de Chata; tiempo atrás había estado casada con un estudiante mejicano llamado Eugenio Morrison.

* * *

Cuando Wayne regresó a Hollywood, Esperanza fué a reunirse con él, y en enero de 1946, cuando ya John Wayne había cumplido los 38 años y estaba establecido como uno de las grandes figuras de la Meca del Cine, contrajeron matrimonio. Esta vez, la ceremonia se celebró en Long Beach, en casa de la madre de John.

Poco después de casada, Esperanza descubrió que los compromisos cinematográficos tenían constantemente ocupado a su marido. John Wayne filmaba de cuatro a cinco películas al año, y la mayoría de ellas fuera de Hollywood. También los negocios en los que invertía su dinero ocupaban gran parte de tiempo a John; su fortuna se multiplicaba y las nuevas cantidades de dólares debían de ser colocadas en nuevas empresas. Ponía dinero en películas en las que él no intervenía como actor, ya que asociado con su amigo Fellows, producía películas para la Warner Bros, firma con la que, desde 1950, trabajaba en exclusiva, bien como actor o productor; poseía ranchos ganaderos, pozos petrolíferos, bienes raíces, acciones de muchas sociedades anónimas e importantes intereses en el exterior, especialmente en Méjico. Sus compromisos con el cine eran superiores a sus posibilidades, llegando a rechazar ofertas.

Esperanza había procurado que su matrimonio fuera un éxito; veía el abandono en que la tenía su marido y sufría. Fué amable y complaciente con los hijos que John tuviera con Josefina, pues veía cuánto les amaba su marido. En 1951, Wayne llevó a los pequeños a Irlanda, y Esperanza tuvo que quedarse sola en casa. Se sintió dolorida y

comenzó a viajar con más frecuencia a Méjico.

John Wayne, en Irlanda, filmaba «El hombre tranquilo», película en la que hizo intervenir a sus hijos. Ford era el director y había pensado en Wayne para este papel, teniendo en cuenta que entre los dos existe un acuerdo de caballeros por el que Wayne debe de aparecer de tiempo en tiempo en películas de este director. «El hombre tranquilo» fué otro éxito de director y actor. Wayne obtuvo el honor de ser nombrado para recibir un «Oscar».

La tirantez entre Chata y su marido se hizo más aguda, hasta el punto de que el mismo día en que se celebraba el sexto aniversario de su boda, John Wayne anunció oficialmente que él y su segunda esposa iban a divorciarse. Con Chata no fué sencillo llevar el divorcio a los Tribunales.

—Gastábamos 13.000 dólares mensuales en vivir —declaraba la estrella al plantear sus exigencias económicas—. Esto supone —agregó— unos 150.000 dólares anuales. Hay que tener en cuenta que John gana 500.000 dólares al año por sus películas y además es socio en unas cien empresas o corporaciones. Aquí traigo una lista de 53 sociedades de las que John es copropietario para que el Tribunal las conozca.

—¿Son éstos todos los negocios de su esposo? —preguntó el juez.

—John posee intereses en otros cincuenta más, aproximadamente. Con Red Skelton posee un gran edificio para oficinas en Culver City, frente a la Metro; con John Ford, un gran rancho ganadero; con John Crawford, Fred McMurray...

—¿Cuáles son las exigencias de su defendida? —preguntaron al abogado de Esperanza.

—Exige una pensión de nueve mil dólares mensuales.

Al día siguiente, todos los periódicos comentaban el suceso y el escándalo trascendió: «John Wayne, el actor más rico de Hollywood, lo que equivale a decir del mundo», voceaban los vendedores de periódicos por las calles. «John Wayne, el hombre varias veces millonario, demandado por su esposa por 9.000 dólares mensuales.»

Esperanza contrató a dos detectives para que sigieran permanentemente a John con el fin de descubrir cualquier otro motivo que pudiera reforzar su situación. John, irritado por esta persecución absurda, llegó a pelearse con uno de ellos. Después terminó por aceptarlos, se hicieron amigos y les hizo trabajar en «Hondo», la última película filmada en Méjico.

A pesar de los cargos acumulados por Chata y sus detectives, los Tribunales le concedieron sólo mil cien dólares mensuales de pensión. John Wayne salía contento del edificio por la decisión del juez, y fué asaltado por una multitud de admiradoras.

—¡Qué hombre! —exclamaron algunas.

—¿Cómo puede una mujer divorciarse de él?

Esperanza había dicho:

—Mi marido es un hombre que sólo vive para los negocios. Está todo el día fuera de casa. Cuando vuelve, se pone a leer los guiones; si tiene gente invitada a comer, es gente con la que debe hablar de negocios. Pero si son invitados míos, no consigo jamás que se vista de una manera presentable.

—Paso mucho tiempo disfrazado en los estudios para tener que disfrazarme también en mi casa —replicó Wayne—. No debo de olvidar mi dignidad. Si Chata quiere ser mi esposa, magnífico. Si quiere ser una reina, creo que hasta podría arreglar esto también. Pero en la forma en que estábamos viviendo no podíamos continuar.

* * *

La vida de John Wayne no alteró su ritmo. Procuró dedicar más tiempo a sus hijos y por esta causa las visitas a casa de Josefina hicieron pensar a muchos que el actor se reconciliaría con su primera mujer.

—No podemos reconciliarnos; han pasado muchas cosas —aclaró John.

Los hechos fueron los mejores testigos de sus palabras.

El 31 de enero de 1953, John Wayne fué a Reno para ser padrino en la boda de su amigo Grant Withers. La madrina de la boda era una hermosa peruana de cabello negro azabache y ojos oscuros: Pilar Palette, recientemente divorciada de Richard Weldy, director en Lima de una importante compañía norteamericana de aviación. Era la tercera mujer que aparecía en su vida, y John tuvo conciencia de ello. Juntos regresaron a Hollywood.

John Wayne presentó a Pilar a sus amigos,

salió con ella a los centros nocturnos y no ocultó que estaba nuevamente enamorado.

—Quisiera que fueses mi esposa; no me resisto a continuar esta comedia absurda de novios en día de fiesta —dijo impaciente el actor.

—Ten paciencia, John; mi divorcio no es todavía un hecho. De momento, somos felices y esto es lo importante. No nos atormentemos exigiendo más de lo que poseemos. Se nos ha dado algo muy valioso que cuidar: nuestro amor, John. Seamos pacientes. ¿Tú estás seguro de desear hacerme tu esposa?

—Desde luego, querida. ¿Por qué esa pregunta?

—Tan sólo curiosidad, John, perdona.

—Sin embargo, deberíamos ocuparnos más de ese divorcio tuyo. Es mejor que nos casemos pronto.

—Me da miedo tu impaciencia, John. No quisiera ser tu tercer fracaso, querido, y creo que vas muy aprisa.

—No soy hombre de flirteos. Quiero que tengamos nuestro hogar.

—John, es preciso que sepas algo: yo también deseo casarme contigo y no quiero estorbar tu tranquilidad, pero creo que tú debes de cooperar y estar a mi lado.

—Pilar, intento ser sincero. Yo amo mi tranquilidad por encima de todo, el cine y a mis amigos. Mis hijos colman mis mejores deseos. Me gusta sentir mi mente clara, ¿comprendes? No admitiré nunca que nadie turbe mi serenidad y mi independencia. Quiero casarme contigo y tú debes de aceptarme como soy... o dejarme. Sé comprensiva.

—Si John. Ahora comprendo mejor nuestra situación—hizo una pausa y continuó—: Deberé de salir en seguida rumbo a Lima para ver de arreglar mi divorcio... Y una vez en completa libertad volveremos a hablar de esto. Será mejor así.

John Wayne siguió con la vista al avión que conducía a Pilar a Lima, hasta que no fué más que una estrella en el cielo; ya no se distinguía en aquella noche clara el pañuelito blanco que agitara Pilar. Wayne quedó en el aeropuerto, solo; pensó si realmente valía la pena volver a hacer la experiencia; dos fracasos pesaban demasiado y él era un hombre sencillo. Todo cuanto pueda ambicionar como actor, coprodutor y hombre de negocios está en sus manos. Sus hijos alegran su vida; ya no son aquellos niños con los que sólo se podía jugar: Miguel tiene 18 años; Toni, 17; Patricio, 14, y la pequeña Melinda es una graciosa mujercita de 12 años. Ellos saben compensarle con su cariño, en las horas de soledad e incompreensión.

Poco después, John Wayne, contraía matrimonio por tercera vez. En esta ocasión el desenlace no se hizo esperar y la experiencia fué breve. Apenas habí transcurrido un año cuando Pilar Pallette y John se divorciaron, en 1954.

John Wayne es actualmente el actor más gravado por el juzgado, debido a sus tres divorcios; 150.000 dólares anuales es el pago de su libertad. El, que ama la vida tranquila de hogar no ha sabido conservarla y ha escuchado en los Tribuna-

les reproches de sus esposas que se lamentaban del abandono en que las había tenido.

John se encuentra ahora sin un afecto femenino a su lado y el hecho de poder ser responsable de su soledad le preocupa. Ya no se siente un hombre joven y esta soledad le pesa; tiene 47 años y tres fracasos sentimentales. ¿De quién ha partido el fracaso de sus tres matrimonios? El se sabe responsable en su hogar; ha dado pruebas de lealtad y ha proveído enormes sumas de dinero para mantenerlo en un elevado tono de vida.

John recuerda que en los últimos diez años ha sido elevado a «la cumbre de los inmortales» por voto popular del pueblo americano. Muy pocas estrellas en Hollywood se han ganado el afecto y simpatía que el público cineasta derrama sobre el actor. El sabe que todo lo debe a su tenacidad y constancia. Tal vez no supo elegir a la esposa que le correspondía, sus tres matrimonios habían sido una equivocación; el espíritu burgués de Josefina, Chata y Pilar la había parecido siempre a John extraño a él.

Y es entonces que cree que su mundo y su vida está en sus hijos, realidad sencilla, y en en los Estudios. El no ha sabido vivir fuera del cine y de ahí su fracaso. John Wayne se ha entregado por completo al cine, ha hecho de éste su vida y todo lo que esté fuera de él le es ajeno. Su destino parece definido y debe de ser conformista con lo que tiene. Cree sinceramente que no pedirá más a la vida y acepta su destino con un brillo de buena voluntad en sus ojos.

Así es JOHN WAYNE

John Wayne dijo cierta vez a un grupo de amigos:

—Acabo de leer en una revista un tremendo artículo contra el vicio de fumar. Os aseguro que dan escalofríos los terribles peligros que corremos los fumadores.

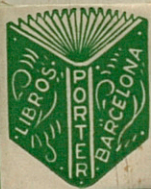
—¿Y qué has decidido? —preguntó uno de los amigos.

—¡No leer más esta revista! —exclamó John. Y se quedó tan tranquilo.

John Wayne se hallaba en una farmacia cuando entró una linda joven que insertó un centavo en la báscula automática para pesarse. Lo que la báscula registró le hizo abrir los ojos asustada. Acto seguido se despojó del abrigo y volvió a pesarse. Tampoco le satisfizo el resultado. Se sacó los zapatos, pero se encontró con que ya no le quedaban más centavos.

John Wayne, que había estado contemplando la escena con mucho interés, se dirigió a la joven.

—No se interrumpa, señorita. Siga aligerando peso. Tengo un montón de centavos y están a su disposición.



HEDY LAMARR. — La emocionante historia de una burguesita que escandalizó al mundo entero y asustó a Hollywood. Un destino extrañamente trunca- do cuando parecía haber alcanzado su punto culminante. Su firme decisión la convirtió en una de las más brillantes estrellas de la pantalla. ¿Por qué se apagó tan pronto su fulgor?



ERROL FLYNN. — La vida de un muchacho que no supo conformarse con la existencia placida que su posición familiar le ofrecía. Por propia voluntad fue vagabundo, ayudante de cocinero, soldado, marinero, pescador de perlas, y otros mil oficios hasta llegar a ser escritor y astro de la pantalla. Su espíritu independiente le ha impedido hallar la felicidad al lado de una esposa, incapaz de sujetarse a vínculos permanentes.



MARLON BRANDO. — Este actor tan distinto a cuantos hasta ahora hemos conocido, ha buscado durante años un amor que tal vez no existe. En las páginas de su biografía encontrará usted a Shelley Winters, a Movita, a Josiane... mujeres que le amaron y que él creyó amar.





Hondo



JOHN WAYNE

GERALDINE PAGE • WARD BOND

DIRECTOR: JOHN FARROW

3 DIMENSIONES • WARNERCOLOR

En el desierto de Nuevo Méjico, entre el humo
de la pólvora y el zumbido de las flechas,
dos seres humanos luchan contra
la muerte... y contra su amor.

